

NOTAS CRITICAS

PARA EL ESTUDIO DE NAVARRO VILLOSLADA

Debemos a José Simón Díaz una muy valiosa aportación para la biografía de Francisco Navarro Villoslada (1). Se basa su trabajo en los estudios de Fray Juan N. Goy y Beatrice Quijado Cornish, más en datos que personalmente ha recogido en varios archivos, entre otros el de la casa de Viana de Navarro Villoslada y en los periódicos y revistas en que colaboró. Y si exceptuamos las obligadas referencias de las historias de la literatura española, algunas sumamente elogiosas, como la del P. agustino Blanco García, todas muy incompletas, y no pocas deficientísimas, bien podemos afirmar que en la parte biografía, este trabajo de Simón Díaz es el más completo, hasta la fecha, de quien en el siglo XIX, pródigo en grandes novelistas, fué «nuestro gran novelista histórico» (2). Simón Díaz puntualiza los sucesos de la vida de Villoslada desde la fecha de su nacimiento en Viana en 9 de octubre de 1818 hasta el 29 de agosto de 1895, año de su fallecimiento en la misma ciudad natal (en los Documentos se transcriben las partidas de bautismo y la de defunción). Falleció a las ocho y media de la noche del expresado día, de bronquitis, «habiendo recibido — se dice— los sacramentos de Penitencia, Viático y Matrimonio» y se hace constar que al morir era viudo de doña Teresa de Luna y Crespo. Era ésta sobrina de su íntimo amigo Félix Erenchun con la que casó por poderes el 21 de febrero de 1847, que enfermó muy pronto, encontrándose en Vitoria, a donde Villoslada se trasladó, como Secretario de aquel Gobierno Civil. Enviudó el 19 de agosto de 1851, días después del nacimiento de la segunda hija Blanca. La primera hija se llamó Petra, siendo las dos sus herederas. Sin salir todavía de Viana, ya muchacho, escribió «Viaje alrededor de mi mesa», de tan subido sabor romántico del XIX. De su época de estudiante en Compostela es el «Panegírico español, poesía en octavas heroicas». En los años de la guerra civil se la encuentra de nuevo en Viana, y es curioso el detalle de verlo encuadrado en la Milicia, sin duda a las órdenes de su padre don Manuel, que era subteniente de la Compañía de la Guardia Nacional de Infantería de Viana. El joven soldado, lector del Telémaco y de la preceptiva de Blair, escriba el poema «Luchana» en el que exalta «el magnífico triunfo de Espartero», publicado en 1841, el año de tanta trascendencia para la historia foral de Navarra. El año 1840 está ya en Madrid, comienzo de su agitada vida de periodista y político. Redactor de «El Correo Nacional» y la «Gaceta», enamorado de Espartero, destaca su anticarlismo en sus versos contra don Car-

(1) «Vida y obras de F. Navarro Villoslada», por José Simón Díaz. Publicado en «Revista de Bibliografía Nacional». Tom. VII. Fase. 1.º a 4. Madrid, 1946.

(2) «La literatura española en el siglo XIX» tom. II, 269, Madrid, 1903.

los. En este punto, Simón Díaz lamenta la pérdida del diario y la imposibilidad de disponer de las revistas de la época, si bien este material puede estar ahora a buen alcance con la «Colección de índices de publicaciones periódicas». Desde 1841 colabora en el «Semanario pintoresco», «Revista de Galicia», «Boletín del Instituto Español» y «Gabinete de lectura». En el «Semanario» se publica su novela. «El remedio del amor». Al año siguiente dirige la revista «Ei arpa del creyente»: colaboran Hartzembuch, García Gutiérrez, Valera, Campoamor, es decir, los tertulianos, con él, de la reunión de los miécoles en casa del Marqués de Molins. En 1844 publica las comedias «Los encantos de la voz» y «La prensa libre» y el siguiente dirige, simultáneamente, cuatro publicaciones, en una de las cuales «El Siglo pintoresco» publica «La Princesa de Viana» que, mas adelante, había de ser «Doña Blanca de Navarra». Otra de las publicaciones fué «El Español» motivo de serios disgustos y de enconadas actitudes por deficiencias pecuniarias, sobre lo que Simón Díaz aporta, en el Apéndice, copiosísima correspondencia, muy interesante, entre el propietario de la publicación, señor Borrego, y Villoslada: «Esta V. como un hércules —le escribe aquél desde Londres— luchando con toda la prensa y por lo mismo no puedo menos de aconsejarle gran mesura en la expresión»: «Recomiendo a V. y a Tasara que no se haga oposición a Pacheco ni a sus compañeros», le advierte desde Aranjuez, en otra ocasión. «Ruego a V. que sobre la última entrega del Diccionario de Madoz haga un articulito todo lo favorable posible a dicho autor y a su obra», le recomienda en otra carta. En otra le sugiere materia para un artículo filosófico con la aprobación en la Cámara de los Comunes del principio de igualdad entre los judíos «y las demás Comuniones», así como en otra le censura haberle dedicado un artículo de fondo a Moreno López, cuando llegó a Madrid, «¿qué guardará V. para cuando venga Espartero?». Concluyó en «El Español» (progresista) de mala manera, teniendo que demandar judicialmente sus sueldos, y fundó con don Pedro Egaña «La España» de tendencia moderada. De esta época, 1845-1849, datan sus novelas «El Antecristo», «El Caballero sin nombre», «Doña Blanca de Navarra», «El amor de una Reina y Doña Urraca de Castilla». De su estancia en Vitoria, 1850-53, pasa a Madrid donde es Oficial del Ministerio de la Gobernación; en 1854 es nombrado por Isabel II Caballero de la Orden de San Juan de Jerusalén. Villoslada ha cambiado de zona para su tienda política, tanto que aquel héroe, por él tan celebrado en el poema «Luchana», Espartero, es causa de su salida del Ministerio, y desde ese año escribe en «El Padre Cobos» con Ayala, Selgas y Suárez Bravo, entre otros, la terrible pesadilla de los ministros durante el bienio progresista (1854-1856). De este último año es su zarzuela, con música de Arrieta, «La dama del Rey». En el 57, la merindad de Estella le elige diputado, y el Gobierno le encarga el estudio de varias imprentas en el extranjero, lo que motivó sus obras, inéditas, «Historia de la imprenta nacional comparada con las de París y Viena» y la «Itinerario de Madrid a Viena». Y llega el tiempo en que Villoslada pegará el salto definitivo, en su significación política. Del neo-catolicismo, en triunfo la revolución, pasa decididamente al Carlismo, como Aparisi, Tejado, Nocedal y otros conspicuos hombres de letras. El es el autor del artículo «El hombre que se ne-

cesita», muy elogiado por Aparisi y en el polo opuesto a la poesía contra Don Carlos, hacia el año 40. Son los tiempos, magníficos, de «El Pensamiento Español». Villoslada emigra y es nombrado secretario particular de Don Carlos (3) en 1869, pero no estuvo en la junta de Vevey (18 de abril de 1870). En carta de Don Carlos a Cabrera, de 14 de marzo de 1870, le dice: «prolongándose la enfermedad de Villoslada, he nombrado mi secretario al Conde de Samitier...». Asistió, como periodista, don Ciriaco Navarro Villoslada, por «El Pensamiento Español». Las elecciones de 1871 le llevan a Madrid como senador por Pamplona, pero pronto retorna a su rincón natal de Viana. Llegan los años de su plenitud de escritor romántico: «Amaya», la cima de sus sueños, y la síntesis bien alquitarada de su credo político va apareciendo en «La Ciencia Cristiana», en 1879. En 1885, a la muerte de don Cándido Nocedal, vuelve a la vida activa del Carlismo por haber sido nombrado representante de don Carlos. Las desazones del cargo unidas a las de su salud quebrantada le obligan nuevamente al reposo, no de la pluma, pues en 1887 se publicó «Compendio de la vida de San Alfonso María de Ligoric» y en 1892 traduce en español la obra de Berthe sobre García Moreno. Tres años más tarde falleció en Viana. Los 82 documentos que copia Simón Díaz, como Apéndice de sus notas sobre la vida y obra de Navarro Villoslada, excepto la partida de defunción, corresponden a la etapa de su vida en «El Español» pero no dejan de ser interesantísimas. Hemos de agradecer al señor Simón Díaz la aportación de tan ricos materiales para el estudio de tan destacada figura literario-política del siglo XIX.

E. E.

(3) «Carlos VII y D. Ramón Cabrera» por D. Emilio de Arjona. París, 1875.

UNA BIOGRAFIA DE ENRIQUE IV, DE FRANCIA

«Enrique IV, Rey de Navarra y Francia» (1) es el título de un interesantísimo relato de J. Ors sobre este célebre personaje. El autor, fiel a las fechas de esta vida, de tan erguido gesto y destacado relieve histórico —1553-1610— y bien pertrechado de erudición, describe todo su proceso histórico, con un encanto literario que se adueña totalmente del lector. Pronto se ve el destaque del héroe, bien garboso y único, sobre el fondo, lleno de colorido y pasional, de la Francia de los Valois y Medicis. Rico en anécdotas el tema, el autor sazona con muchas de ellas la biografía. En la anécdota se refleja, posiblemente, con mayor autenticidad el carácter que mejor identifica a un hombre. En cierta ocasión, al ser recibido en una localidad antes de la hora de comer, quien le daba la bienvenida empedró su discurso de citas clásicas: «Cuando Aníbal abandonó Cartago...». Enrique IV le interrumpe: «Cuando Aníbal abandonó Cartago, había comido y yo voy a hacer eso ahora». Enrique IV estuvo dotado de un talento superior, de una especial visión de las cosas y de los hombres, y de una imperturbabilidad que

(1) J. Ors. «Enrique IV, Rey de Navarra y Francia». Barcelona. 138 páginas.

ponía su espíritu al socaire **de toda adversa** circunstancia; «viva **la** inteligencia, escribe el autor, rápida la concepción, el sentido práctico exquisito, excelente la memoria. La bondad y el cálculo inspiran por igual su conducta, bondad nativa, fruto de optimismo. Todo procede de la herencia de la raza más fina y militar de Francia...». Alphonse de Ruble en «Le mariage de Jeanne D'Albret», París, 1877, aludiendo a las tentativas infructuosas de Enrique de Albret y de su hijo respecto al trono de Navarra, dice refiriéndose al sucesor Enrique IV: «Une plus haute fortune était réservée à sa race. Son fils devait succéder eux petits-fils dégénérés de François 1, fonder la grandeur de la France moderne et laisser aux monde le souvenir du plus habile et du meilleur des rois». Así fue realmente el biznieto de nuestros últimos Reyes, hasta la incorporación del Reino a Castilla, nacido en Pau, que dejó una grata memoria de Rey excelente en Guyena, y que se hizo coronar Rey de Francia en Chartres, en 1594 y que obtuvo el entusiasmo general con su entrada en París, el mes siguiente y que a los 4 años firmaba la paz de Verrins por la que Felipe II renunciaba a sus derechos sobre Francia. Se construía así la unidad nacional francesa, y por otro lado, con el Edicto de Nantes, de 1598, aspiraba a la pacificación entre católicos y protestantes. Anota el autor: «El rápido resurgimiento de Francia es el resultado natural de una política de paz, orden, protección, y estímulo de actividades útiles. Protección y estímulo a la agricultura, a la industria y al comercio, y en el gobierno, espíritu de justicia, recta administración y prudente economía. Los resultados son pronto tangibles». Enrique IV, el bearnés, que no fué temperamento sentimental, ni melancólico; que no pareció en el cerco amenazante de la Corte; que vistió modestamente; que opinaba que la Religión arraiga en los corazones por la persuasión y no por la espada; que escribió a su amante Corisanda —quizás su único perdurable amor—: «los que ponen su confianza en Dios y le sirven, no son nunca defraudados»; este hombre, de simpática altivez, de un poderoso dominio de sí mismo, político sagaz y buen Rey, faltaba constantemente por el lado de la sensualidad. Dos veces casado, viviendo su primera mujer, Margarita de Valois, no estuvo enamorado de ninguna de ellas. Ccrisanda, seudónimo de la duquesa de Gramont, Gabriela d'Estrées, la señorita de Bueil, Carlota Margarita de Montmorency... son fuerzas que doblegan su hermosa voluntad y enturbian su vida. Merece elogios el fino y delicado tacto con que trata el autor este aspecto biográfico. A Ravailac asesino de Enrique IV, se le condenó al tormento y a la muerte, después de pública retractación «ante la puerta principal de la Iglesia de París, donde será conducido dentro de un chirrión; allí, desnudo, en camisa, sosteniendo un blandón da dos libras do peso, dirá y declarará que desgraciadamente ha cometido muy perverso, muy abominable y muy detestable parricidio». Cuatro Apéndices muy curiosos y varias fotografías ilustran el texto.

HISTORIA DE ESPAÑA

En la colección «La Nave», Madrid, se ha publicado, traducido en español por Fabio Gil, la obra de Simón Harcourt-Smith «Una conspiración en la corte de Felipe V», 318 págs. 1848. Al autor se le ha juzgado como «escritor poco corriente, dotado de magníficos aciertos y sabio captador del elemento mundano y frívolo de los palacios». Confronta este juicio con el que se hace el lector, a luego de haber concluido la lectura jugosa, amena, colorista de esta obra. Esto en cuanto al lector en general y ente hermosos planos literarios; en lo que atañe al lector español y ante hermosos planos literarios; en lo que atañe al lector español y ante los planos históricos de la misma relación, tiene que modificar el juicio. Harcourt-Smith ha utilizado para su relato fuentes francesas, principalmente, y el bagaje epistolar del Cardenal Alberoni contra quien se trama esa conspiración del título, ya que en el cuerpo de la obra más se preocupa el autor de la Corte de Versalles de Luis XIV, sin que pueda eludir un mohín despectivo sobre lo español. La verdad es que todavía presiona sobre la actitud forastera con respecto a España el pintoresco y animado folletín de la Condesa de D'Aulnoy, publicado en 1874 y el que Taine «bombeó» con la prestancia de su crédito. El autor dice que pretendió visitar el archivo de Simancas, pero que no le fué posible. Tampoco, por lo visto, le fué posible consultar los estudios de Maura y González Amezua. Con todo el deleite que causa la lectura de esta obra, en defensa mayormente de Alberoni, no se puede evitar el sabor amargo de un residuo de «leyenda negra», cuyos estragos son todavía bien palpables.

CATALOGO DEL ARCHIVO MUNICIPAL DE TUDELA. TOMO I, por Francisco Fuentes Pascual, presbítero. Imprenta de Oroz y Martínez.—Tudela, 1947. 461 páginas (26 x 18)

No es tarea fácil enjuiciar en pocas líneas el contenido de un libro que, como el presente, resume en parte los fondos de un archivo, ni valorar el esfuerzo del autor en reducir a términos breves materias tan abundantes y variadas. La vida municipal, reflejo de la historia de los pueblos, ofrece un vastísimo campo de investigación en su organización social, religiosa, política y económica. Todos estos aspectos están recogidos en este volumen que es el primero de los de su clase que se publica en Navarra.

En tres partes se halla dividido el libro. En la primera se insertan los pergaminos del archivo catalogados cronológicamente, conteniendo una breve rereña del cuerpo del documento y la data transcrita textualmente (siglos XII a XVIII). La segunda parte abarca en extracto mil seiscientos trece instrumentos ordenados y reparados en cincuenta tomos en el siglo pasado por el entonces secretario municipal de Tudela don José Yanguas y Miranda y en los que se incluyen sentencias y resoluciones sobre pleitos sostenidos con los pueblos circunvecinos acerca de pistos y riegos, derechos en las Bardenas Reales y en los montes comunes, cartas, cédulas reales, ordenanzas de gremios, fueros y privilegios, leyes y órdenes dictadas por el R. Consejo y las Cortes generales del Reino de Navarra, estadísticas, nego-

cios eclesiásticos, asuntos de guerra, antiguas ordenanzas municipales, deslindes de predios, etc., advirtiéndose, como en la primera parte, si los documentos están publicados. En la última, *se halla reunido lo que pertenece casi exclusivamente a la administración municipal, como libros de cuentas de Propios a partir del año 1480, libros de actas o sesiones, cuentas de legados píos, empadronamientos, sanidad, pósitos, beneficencia, libros de multas y talas, inventarios, sorteo de oficios, libros de gobierno, etc.*

Una visión de conjunto de todo el libro está admirablemente expuesta en el prólogo por don José Ramón Castro, archivero de Navarra, quien compendia en unas bellísimas páginas la historia de Tudela.

Cierran el libro unos copiosos índices: el onomástico con los nombres de los personajes que figuran en todos los pergaminos y documentos, el topográfico y el toponímico, añadiéndose una sección titulada *Varia* sobre temas no incluidos en los índices anteriores.

OTRAS PUBLICACIONES

La Delegación de Cultura del Ayuntamiento de Málaga ha editado la obra del P. Andrés Llordan, O. S. A. «Ensayo histórico documental de los maestros plaieros malagueños de los siglos XVI y XVII» con datos inéditos del Archivo de Protocolos para la Historia del Arte de la platería en la ciudad de Málaga. 243 págs. 1947.

La Diputación de Barcelona, Biblioteca Central ha editado el «Catálogo de la exposición bibliográfica del Concilio de Trento, celebrada en conmemoración del IV Centenario (1545-1945)» de Pedro Arellano y Sada. 162 páginas. 1947.

Condesa de Yebes: «Spínola, el de las lanzas y otros retratos históricos» Espasa-Calpe, 147 págs., 1947.

Mons. José Rius Serra: «Rationes Decimarum Hispaniae (1279-1280)» volumen II, Aragón y Navarra. Barcelona, 380 págs., 1947.

Manuel Trens, conservador del Museo Diocesano de Barcelona: «María, Iconografía de la Virgen en el arte español» Editorial Plus Ultra, Madrid. 715 págs. con 400 fotograbados, 8 láminas en color y esquema iconográfico a varias tintas. 1947.

Real Academia Española: «Diccionario de la Lengua Española», 1345 páginas. Espasa-Calpe, Madrid, 1947.

José Ibáñez Martín: «Labor del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Año VII». 30 págs., Madrid, 1948. «La investigación española, 1939-1947». Tomo I, 315 págs., Madrid, 1947.

Carlos Corona Baratech: «Toponimia navarra en la Edad Media». Prólogo de Francisco Induráin. Huesca, Estación de Estudios Pirenaicos., 145 páginas, 1947.

José Viñes: «Oracional Visigótico». Vol. I de la colección «Monumenta Hispaniae Sacra», 433 págs. Escuela de Estudios Medievales, sección de Barcelona.

Francisco Vindel: «XX incunables de la «Colección Massó». Prólogo de Angel González Palencia. 110 págs., 175 facsímiles, Madrid, 1948.

Diego Angulo Iníguez: «El gótico y el Renacimiento en las Antillas», 101 págs. Sevilla, 1947.

D. Gregorius Arroyo, O. S. B.: «Sancti Benedicti Regula Monasteriorum Cum Concordantis Ejusdem». Editio jubilaris. 648 págs., Burgos, 1947.

Adrián de Loyarte: «De mi amada tierra». Cuadros, tipos, costumbres y paisajes. 175 págs. San Sebastián, 1948.

Marqués de Salcillo: «Juan de Vega, Embajador de Carlos V en Roma». Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 348 páginas.